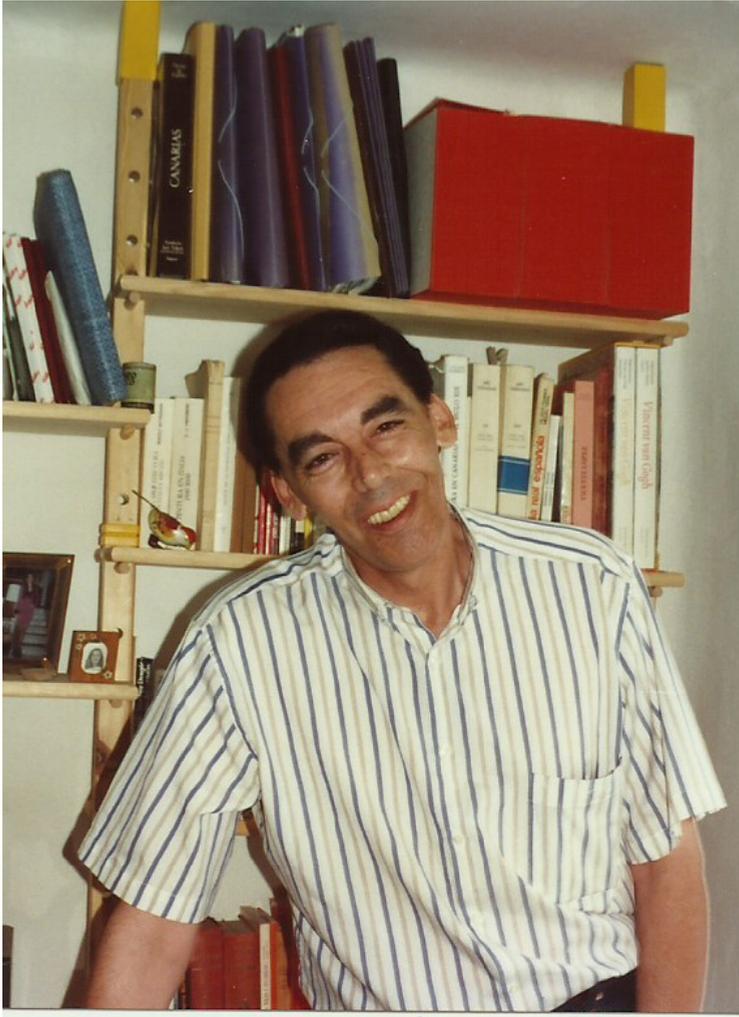


## Diego Suárez Quevedo



*Para Diego*

A finales del mes de marzo último nos dejaba el Profesor Diego Suárez Quevedo (Las Palmas de Gran Canaria, 1946- Madrid, 2017), comenzando el trayecto de un viaje nuevo que nos sorprendió a todos, nos cogió a traición, como suele suceder en estos casos. Y, sin embargo, como por paradoja, desde entonces suelo verlo a diario, con esa mirada afectuosa y caminar desgarrado y pausado que le caracterizaba, además de su fina ironía, que no ha perdido, al contrario. Sabía, sabíamos algunos, que el viaje que iniciaba era el de que aquellos que se van sin irse del todo, que con frecuencia es el de los amigos o el de personas que admiramos ya sea por su sabiduría o por su lealtad, cualidad rara y poco considerada donde las haya.

Viajero incansable, habitaba varios mundos a la vez, el propio, el de sus sueños, muchos de los cuales se cumplirán, sin duda, porque anda empeñado con ellos, pero también el de la música. Melómano apasionado, sus comentarios críticos a cada concierto u ópera en Madrid –con frecuencia con el amigo y Profesor Domingo Plácido como interlocutor pausado y sabio- eran una delicia de agudeza e intransigencia. Nada mediocre le seducía y ni sabía ni quería ocultarlo. Vivía soñando, viajando, entre armonías musicales y cantos, tal como hacía entre proporciones arquitectónicas, ciudades, pinturas o libros, estampas, dibujos y manuscritos. Su pasión por la Historia del Arte era tal que solía situarse entre esas imágenes y espacios como quien viaja en el tiempo para comentar con sus autores históricos lo que habían realizado, incluso hablaba con las obras mismas para saber de su significado histórico, el *quid tum* de su adorado León Battista Alberti y su ojo alado. Escucharle hablar de obras y artistas era como una representación teatral, situados él y las obras y autores que estudiaba, los espacios mismos de la arquitectura y de las ciudades, en un escenario insólito, pero que lograba hacer verosímil. A fin de cuentas fue un extraordinario historiador del arte que incluso entre el polvo y la tinta de legajos y manuscritos descubría armonía musicales, a veces en forma de espiral, como escribiera sor Juana Inés de la Cruz.

Sabía, cuando se fue, adelantando su viaje de manera inesperada, que estaba haciendo las maletas. Recuerdo que le dije que me esperase, que teníamos mil cosas que hacer y sueños que cumplir, pero yo tenía que hacer, en esos días, una breve estancia en Roma. Y allí, frente al Panteón, recibí la noticia de que se había ido sin irse. Y me dije, no es casual, no puede haber dolor, así que entré en el Panteón, pasión que compartíamos, y contemplamos la columna de luz que desciende o se eleva, según las lecturas simbólicas, por su óculo. Estoy convencido de que la estaba viendo a mi lado, pero no me esperó, como no esperó a otros tantos que le admirábamos y le queríamos, de profesores a alumnos y trabajadores de nuestra Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense. Conocía el nombre de todos –algo que aún me impresiona-, siempre tenía palabras afables, cómplices y educadas para ellos, siempre generoso, leal, irónico, a veces cascarrabias, como le gustaba aparentar.

Se formó en nuestra Universidad durante los años setenta, estudiando la memorable licenciatura de Historia del Arte que se impartía por entonces y que no volveremos a ver. Discípulo de don Jesús Hernández Perera, catedrático de la disciplina y maestro de tantos historiadores e investigadores, de origen canario como él, le dirigió, en 1980, su Memoria de Licenciatura sobre *Arquitectura religiosa en*

*Telde y Santa Brígida (Gran Canaria)*, ejemplar que tengo delante de mí en este momento, lleno de anotaciones y correcciones posteriores. Así trabajaba Diego Suárez. Después, don Jesús –como todos nos referíamos a él–, le dirigió la Tesis Doctoral, publicada, en 1990, con el título de *Arquitectura Barroca en Toledo. Siglo XVII*. Antes y después, siguió trabajando con diferentes ensayos sobre el argumento, algunos fundamentales, dedicados a arquitectos y obras toledanas del siglo XVII, poniendo en valor esa Nueva Roma hispana en la que se convirtió Toledo, la capital espiritual de la Monarquía, una vez que la capital política se desplazó a Madrid por orden de Felipe II. Recuperó así y estudió figuras casi desconocidas y poco estudiadas de la arquitectura barroca toledana e hispánica, de Juan Fernando Salazar a Bartolomé Zumbigo o Felipe Lázaro de Goiti, así como lo hizo con edificios religiosos extraordinariamente significativos. Es más, en 1991, revisó muchos de estos temas en el capítulo que escribiera, sobre la arquitectura barroca, en el volumen colectivo *Arquitecturas de Toledo*.

Pero Toledo también le interesó desde otros puntos de vista y atendiendo a otros artistas, incluidos pintores y figuras tan fundamentales como Jorge Manuel Theotocópuli, hijo de El Greco o Francisco Rizi y Carreño. Si el Barroco fue época de su predilección, de Alonso Cano a Santiago Bonavía, ya en el siglo XVIII, también lo fueron las fiestas y la iconografía religiosa, incluido el barroco romano y la figura de Bernini. Es cierto, sin embargo, que su condición de historiador del arte, su condición viajera, acentuaron su inagotable curiosidad e Italia y el arte del Renacimiento, de Piero della Francesca, Mantegna o Uccello, de Brunelleschi y Bramante a Rafael o Tiziano, constituyeron el motivo de algunos de sus más brillantes estudios posteriores, incluidos maestros de la arquitectura y de la teoría del arte, de Vasari a Serlio, Vignola o Peruzzi, sin olvidar su reciente aportación sobre Giovanni Battista Piranesi.

También la ciudad y su representación visual fueron un tema que siempre, desde su tesis doctoral, tuvo presente, al entender incluso que la arquitectura lo es de la ciudad y de sus contextos históricos, sociológicos y morfológicos, habiendo realizado algunos trabajos sobre las Nuevas Poblaciones de Andalucía en la época de Carlos III. Es posible que una síntesis de esas preocupaciones, incluida su pasión por la tratadística y las fuentes impresas, por la relación entre imagen y texto –incluidos los científicos, de los botánicos a los anatómicos de Andrés Vesalio–, apasionándose por la arquitectura de la página, haya sido el volumen que coordinó, con fondos de la rica Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense, con el título de *Arquitectura y Ciudad. Memoria e Imprenta* (2009). Una Biblioteca con la que siempre mantuvo una especial relación, sobre todos con sus responsables y bibliotecarios como Marta Torres Santo Domingo, Pilar Moreno, Mercedes Cabello o José Manuel Lizarraga.

Profesor, primero, en el Colegio Universitario de Toledo, lo fue después de la Universidad Complutense y me cabe el honor de haber sido miembro del tribunal que, tras una brillante oposición, le llevó a ocupar el cargo, que siempre ejerció con entrega desinteresada, de Profesor Titular de Historia del Arte, algo que nunca olvidamos ninguno de los dos. Conferenciante en universidades españolas y extranjeras, participante activo en congresos y seminarios desde muy temprana fecha, ya en los años ochenta, fue, además, memorable director de la revista del Departamento de Historia del Arte de la UCM, *Anales de Historia del Arte*, desde 2001 a 2017. Diego Suárez Quevedo será recordado siempre por su generosidad con estudiantes y profesores, siempre pendiente de apoyar y ayudar en cualquier

iniciativa rigurosa que le pudiera apasionar. Y ahí sigue, viajando sin irse del todo, melómano, leal y entusiasta estudioso como pocas personas, historiadores o intelectuales he conocido. Y es que la arquitectura también suena ejecutando una partitura, poseyendo una luz propia, como el Panteón de Roma, tal como lo entendía Diego.

Delfín Rodríguez Ruiz  
Universidad Complutense de Madrid